GURU PORNO



(Por Adriana Schettini) Periodista de profesión, estaba acostumbrada a que los protagonistas fueran siempre los demás: las víctimas de la furia que baja del cielo convertida en sudestada; algún que otro concejal que cada tanto se queda con un vuelto; los ganadores de los premios Nobel en un rincón del mundo que sólo conocía a través de los cables de agencia, y hasta los mosquitos cuando por lo menos una vez al año se posan sobre Buenos Aires y les chupan la sangre a los porteños en una versión de pequeños Drácula con zumbido. Todos menos ella. Esta vez estaba decidida a pasar del otro lado de la noticia.

Sin abandonar los viejos vicios de cronista, puso manos a la obra con una investigación que la llevaría a develar todos los secretos de un mundo que hasta el momento le resultaba ancho y ajeno. Se tomó su tiempo y pasó horas jugándola de indecisa frente a los estantes del videoclub del barrio. Miraba las carátulas de los videos pero sus oídos se concentraban en los diálogos ajenos. Escuchó cantidad de opiniones, preguntas y sugerencias descartables hasta que un día dio con la frase exacta:

—Dame una de las buenas —le pidió a Julio, un cuarentón con aires de entendido.

Ella se acercó al mostrador pensando que el hombre partiría del negocio con *Refugio para el amor*, *Nuestros días felices* o *Muerte en Venecia*. Julio sacó, sin embargo, *Defloraciones*, le hizo un guiño y le dijo que allí estaba, que allí encontraría de todo un poco. Estaba claro, "dame una de las buenas" era la clave para pedir en público una porno con todo el condimento.

Supo que no se atrevería a pedirlo en su videoclub amigo. La conocían de tiempo atrás y su paso de los clásicos al sexo barato la obligaría a dar explicaciones que prefería ahorrarse. Se fue de Barrio Norte a un videoclub en Almagro, donde el anonimato le jugaba a favor. La atendió un rubio de veintipico al que apartó, acorraló en un rincón del mostrador y le susurró la frase de rigor. El muchacho resultó un especialista en estas lides del sexo a control remoto y día tras día le fue sugiriendo las novedades del género. Ella pasó horas desentrañando los detalles de los orgasmos ajenos que le mostraba *La vida sexual de los ricos y famosos I*, *Entre cachetes 2*, *Party Doll* y *The Last Resort*. Cuaderno en mano, copiaba posiciones que requerían el entrenamiento de un atleta, diálogos burdos hasta el límite, orgías donde todos socializaban sus bajos instintos sin mezquindades, variantes con aparatos... y todo en primer plano.

Entusiasmada con sus progresos llegaba al videoclub un rato antes de que bajaran la cortina para intercambiar impresiones con el rubio que a esta altura se había convertido en una suerte de gurú porno. Los diálogos entre la clienta y el vendedor fueron aumentando la temperatura hasta transformarse en una suerte de hot line en vivo y en directo. El pasó de la simple recomendación a la descripción detallada y anticipada del material que ella llevaba a casa. Como quien describe las ventajas de un minicomponente, él fundamentaba sus recomendaciones con abundantes detalles eróticos: un verdadero catálogo oral de las mil y una técnicas del goce. Ella lo escuchaba con la misma atención que solía dedicarles a sus entrevistados en el Concejo Deliberante, el ministerio que le tocaba en suerte según los avatares de la actualidad o en la última protesta de los jubilados. Inalterable como un psicoanalista, seguía el relato sin siquiera pestañar. Su ascéptica forma de recabar datos no hacía más que encender la entrepierna del interlocutor al que dejaba puntualmente con las ganas luego de pagar puntualmente el alquiler de los videos y despedirse con un cordial "hasta mañana". Una noche, al borde de la explosión, él se juró que ése sería el último encuentro de franela dialogada.

Al día siguiente, repitieron el rito y en lo mejor del cuento el rubio pasó al otro lado del mostrador que hasta entonces había separado su anatomía sedienta de acción de la compostura de su clienta y puso manos a la obra. Desenfrenado como los personajes de los que habían hablado durante semanas, él arremetió sin pedir permiso. Indignada, ella dio un paso atrás, lo acusó de sátiro, pichón de violador, infame bicho canasto y dijo que todo había sido un gran malentendido. Lo de ella era puro interés literario. Ella no era sino uno de tantos argentinos empeñados en presentarse al concurso de literatura erótica "La sonrisa vertical", a los que les habían dicho que la receta infalible eran las descripciones de sexo como Eros manda. Profesional cuidadosa, quería informarse obsesivamente porque el primer premio sería suyo a cualquier precio. Esta vez, se había jurado, sus compañeros de la sección cultura tendrían que entrevistarla como ganadora. Por una vez la noticia sería ella.



Por Sergio Varela

Exactamente a las once y dos minutos de la noche, la señal luminosa que indicaba en el aire se prendió en el estudio como el indiscreto fogonazo de un flash.

La temperatura en la ciudad de La Plata y alrededores era de veinticinco gradosy seis décimas, según deletreaba con voz metálica y por momentos exageradamente melosa la locutora de turno: una regordeta y petisa rulienta vestida con ropa hindú, que parecía la versión ambulante y verborrágica de la paleta de un pintor alcoholizado.

Leía un cable de ANSA que informaba sobre cierto casamiento múltiple de parejas homosexuales en Bologna, y abundaba en detalles baladíes sobre la ceremonia encabezada por un concejal de apellido Bertolini, mientras jugaba a desprender y volver a colocar en su lugar el movedizo tercer botón de la estrecha camisola con actitud de provocativa falsa despreocupación.

Lamentablemente, tuvo que desviar la mirada hacia la lista de temas musicales que tenía entre mis manos. En un par de minutos comenzaría una de las primeras emisiones de "El Delicado Sonido del Trueno", un programa que por aquel entonces conducía Bobby Flores para la recientemente inaugurada FM Diagonal y en el que yo trabajaba ocasionalmente como productor periodístico.

El envío se transmitía todos los viernes, en vivo, de veintitrés a cero hora, pero lejos estábamos de sospechar hasta qué punto la edición de aquella noche quedaría salpicada por el perfume de lo inusual.

Ese viernes los Rolling Stones cerraban su exitosa gira por Latinoamérica con un espectacular concierto en la cancha de Boca, en el que los Redonditos de Ricota oficiarían como teloneros. Este hecho provocó un verdadero eclipse de audiencia hacia el canal de televisión que transmitía el recital en directo y fue uno de los motivos que me llevó a relatar por escrito el testimonio de los extraordinarios sucesos de aquella noche.

Hasta el propio Bobby Flores había prometido conseguir un monitor para poder seguir el show de los Stones durante las tandas comerciales. Para colmo de males, la dirección de la radio no sólo había negado la posibilidad de pasar un programa grabado —argumentando la importancia de la participación de los oyentes a través de los llamados— sino que como esa noche, por decreto del gobierno, debían atrasarse una hora los relojes, el programa tendría dos horas de duración.

Las expectativas de llamados estaban limitadas a que algún amigo con Movicom decidiera gastarnos desde la Bombonera.

—Cómo joden con la hora —se quejaba el chofer del Río de la Plata en el que viajaba hacia la radio.

—Mejor que jodan con la hora y no que jodan con el dólar —le contestaba un anónimo compinche desde el estribo.

En el estudio, una voz estentórea exclamaba con distraída euforia un tanto fuera de contexto:

—¡Es la Noche de San Gregorio! —aseguraba Tuquipesto, el operador de sonido, al tiempo que barajaba canchero los compacts y casetes que utilizaría durante la transmisión. Era un cuarentón con aspecto mezcla de luchador de sumo y ejecutivo de multinacional, debía el apodo a su fanatismo por los vermicelli de Pippo y sufría una especie de compulsiva manía por la erudición que llevaba al extremo de trabajar rodeado de volúmenes de la *Enciclopedia Británica* y el *Lo Sé Todo Ilustrado:* material de sospechosa utilidad en ocasiones tan especiales como aquella noche indócil a las leyes de la lógica.

Al parecer, el comentario de Tuquipesto se debía a la incidencia de cierto papa llamado Gregorio en el ordenamiento del tiempo y el calendario tal como se lo conoce hoy en día, dato que no pude corroborar ni refutar debido a mi notoria falta de catolicismo, limitado a la negativa influencia del molesto ruido de los lupines en el estado de ánimo de la Virgen María, origen de su amargo sabor, según fuentes confiables cercanas a mi abuela Victoria.

De todas maneras, no había mucho tiempo para discusiones teológicas o cronológicas: el programa estaba a punto de salir al aire. Le sugerí el operador que modificara el tema musical de apertura, por eso "El Niño de la burbuja", de Paul Simon, quedó para más tarde, reemplazado por "Hermanos abrazados" de Dire Straits. Los diez minutos de punteos de Mark Knopfler le darían un poco más de tiempo a Bobby Flores que, con un Philco 12 pulgadas en una mano, negociaba en el pasillo el pago de horas extras por el programa especial con Rodolfo Siedleki, uno de los dueños de la radio. Finalmente, comenzó el programa y puede decirse que la primera media hora transcurrió más o menos dentro de lo habitual.

Para la sección del I Ching telefónico llamó una chica —creo que Marcela o Mariana de City Bell— consultando si debía comunicarse con el mozalbete que había conocido en la fiesta del sábado anterior.

—Un álamo seco hace brotar un retoño de raíz —había sido la respuesta.

—¡Es propicio! ¡Es propicio! —subrayaba Tuquipesto desde el micrófono de la consola.

Más tarde, hubo un reportaje al Loco Gatti sobre la etimología de la palabra "yo", y otro a Martin Luther King. Este último armado con fragmentos de grabaciones que habíamos conseguido en el Museo de la Palabra; creo que Bobby le preguntaba la opinión sobre *Malcolm X,* la película de Spike Lee. A las once y media llegó una nueva locutora de turno, con ademanes y aspecto bastante menos femenino que la anterior, para pasar el informativo: una especie de Instrucciones para retrasar el reloj. La única noticia del reporte era el cambio de hora.

El fraseo de un acordeón más la batería en el tema de Paul Simon estaban en el aire, pero dentro del estudio todas las miradas y oídos estaban pendientes de los contoneos y piruetas de Mick Jagger en el Philco, que mientras revoleaba una chalina en colores azul y oro cantaba "Jumping Jack Flash" a sesenta kilómetros de distancia.

A partir de allí, el tema del programa giró alrededor del transcurso del tiempo y hubo varios llamados interesantes.

María Esther, de Berisso, relató la historia de su tía insomne a los 85 años. El médico le había recomendado que, en vez de tranquilizantes, bebiera todas las noches una copita de whisky o de coñac. El sistema le había dado muy buenos resultados, hasta que una madrugada la anciana falleció con una sonrisa en los labios y derramó en sus últimos estertores la petaca que tenía entre las manos. Conclusión de la familia: murió por culpa del alcohol.

Faltaba un minuto para la medianoche. Tuquipesto acomodaba en la consola el compact con "After Midnight", el tema de Eric Clapton previsto para después del top de la hora. Bobby hacía zapping aprovechando una tanda en el recital: cuando pasó por ATC descubrí a un imberbe Depardieu y me di cuenta de que pasaban por enésima vez *La Elección de las Armas,* pero enseguida volví mi atención al teléfono donde discutía con un infradotado de la pizzería las diferencias metafísicas entre fugazza y fugazzetta.

Dieron las doce. Instintivamente, los tres nos concentramos en nuestros respectivos relojes para cambiar la hora. Para modificar las reglas de la lógica y la naturaleza, volviendo el tiempo hacia atrás.

En ese momento se cortó la luz.

Teóricamente, habían dejado de funcionar todos los aparatos eléctricos y se había cortado la transmisión.

Sin embargo, parecía que se hubiera dislocado el aire acondicionado, provocando una ráfaga gélida en el interior del estudio.

Al mismo tiempo, apenas una fracción de segundo después del apagón, escuchamos atónitos cómo la radio seguía transmitiendo y desde los baffles salía una voz aguardentosa y grave como la de un actor de la vieja escuela o la de un sindicalista:

—¡Vengo con música enérgica, con trompetas y tambores! ¡Yo digo que no es menos glorioso perder las batallas que ganarlas!

—¡Bilardo! —arriesgó Tuquipesto, que ni



LA NOCHE DE SAN GREGORIO

Pasan cosas raras en la noche de San Gregorio: los Rolling Stones tocan en la Bombonera y el Veterano de Todas las Guerras arrastra su maldición de siglos y Sergio Varela (Buenos Aires, 1962) transmite todo el despropósito desde un descarrilado estudio de radio. Sintonicen.

Por Sergio Varela

Exactamente a las once y dos minutos de la noche, la señal luminosa que indicaba en el aire se prendió en el estudio como el indiscreto fogonazo de un flash.

La temperatura en la ciudad de La Plata y alrededores era de veinticinco gradosy seis décimas, según deletreaba con voz metálica y por momentos exageradamente melosa la locutora de turno: una regordeta y petisa rulienta vestida con ropa hindú, que parecía la versión ambulante y verborrágica de la paleta de un pintor alcoholizado.

Leía un cable de ANSA que informaba sobre cierto casamiento múltiple de parejas homosexuales en Bologna, y abundaba en detalles baladíes sobre la ceremonia encabezada por un concejal de apellido Bertolini, mientras jugaba a desprender y volver a colocar en su lugar el movedizo tercer botón de la estrecha camisola con actitud de provocativa falsa despreocupación.

Lamentablemente, tuvo que desviar la mirada hacia la lista de temas musicales que tenía entre mis manos. En un par de minutos comenzaría una de las primeras emisiones de "El Delicado Sonido del Trueno", un programa que por aquel entonces conducía Bobby Flores para la recientemente inaugurada FM Diagonal y en el que yo trabajaba ocasionalmente como productor periodístico.

El envío se transmitía todos los viernes, en vivo, de veintitrés a cero hora, pero lejos estábamos de sospechar hasta qué punto la edición de aquella noche quedaría salpicada por el perfume de lo inusual.

Ese viernes los Rolling Stones cerraban su exitosa gira por Latinoamérica con un espectacular concierto en la cancha de Boca, en el que los Redonditos de Ricota oficiarían como teloneros. Este hecho provocó un verdadero eclipse de audiencia hacia el canal de televisión que transmitía el recital en directo y fue uno de los motivos que me llevó a relatar por escrito el testimonio de los extraordinarios sucesos de aquella noche.

Hasta el propio Bobby Flores había prometido conseguir un monitor para poder seguir el show de los Stones durante las tandas comerciales. Para colmo de males, la dirección de la radio no sólo había negado la posibilidad de pasar un programa grabado —argumentando la importancia de la participación de los oyentes a través de los llamados— sino que como esa noche, por decreto del gobierno, debían atrasarse una hora los relojes, el programa tendría dos horas de duración.

Las expectativas de llamados estaban limitadas a que algún amigo con Movicom decidiera gastarnos desde la Bombonera.

—Cómo joden con la hora —se quejaba el chofer del Río de la Plata en el que viajaba hacia la radio.

—Mejor que jodan con la hora y no que jodan con el dólar —le contestaba un anónimo compinche desde el estribo.

En el estudio, una voz estentórea exclamaba con distraída euforia un tanto fuera de contexto:

—¡Es la Noche de San Gregorio! —aseguraba Tuquipesto, el operador de sonido, al tiempo que barajaba canchero los compacts y casetes que utilizaría durante la transmisión. Era un cuarentón con aspecto mezcla de luchador de sumo y ejecutivo de multinacional, debía el apodo a su fanatismo por los vermicelli de Pippo y sufría una especie de compulsiva manía por la erudición que llevaba al extremo de trabajar rodeado de volúmenes de la *Enciclopedia Británica* y el *Lo Sé Todo Ilustrado:* material de sospechosa utilidad en ocasiones tan especiales como aquella noche indócil a las leyes de la lógica.

Al parecer, el comentario de Tuquipesto se debía a la incidencia de cierto papa llamado Gregorio en el ordenamiento del tiempo y el calendario tal como se lo conoce hoy en día, dato que no pude corroborar ni refutar debido a mi notoria falta de catolicismo, limitado a la negativa influencia del molesto ruido de los lupines en el estado de ánimo de la Virgen María, origen de su amargo sabor, según fuentes confiables cercanas a mi abuela Victoria.

De todas maneras, no había mucho tiempo para discusiones teológicas o cronológicas: el programa estaba a punto de salir al aire. Le sugerí el operador que modificara el tema musical de apertura, por eso "El Niño de la burbuja", de Paul Simon, quedó para más tarde, reemplazado por "Hermanos abrazados" de Dire Straits. Los diez minutos de punteos de Mark Knopfler le darían un poco más de tiempo a Bobby Flores que, con un Philco 12 pulgadas en una mano, negociaba en el pasillo el pago de horas extras por el programa especial con Rodolfo Siedleki, uno de los dueños de la radio. Finalmente, comenzó el programa y puede decirse que la primera media hora transcurrió más o menos dentro de lo habitual.

Para la sección del I Ching telefónico llamó una chica —creo que Marcela o Mariana de City Bell— consultando si debía comunicarse con el mozalbete que había conocido en la fiesta del sábado anterior.

—Un álamo seco hace brotar un retoño de raíz —había sido la respuesta.

—¡Es propicio! ¡Es propicio! —subrayaba Tuquipesto desde el micrófono de la consola.

Más tarde, hubo un reportaje al Loco Gatti sobre la etimología de la palabra "yo", y otro a Martin Luther King. Este último armado con fragmentos de grabaciones que habíamos conseguido en el Museo de la Palabra; creo que Bobby le preguntaba la opinión sobre *Malcolm X,* la película de Spike Lee. A las once y media llegó una nueva locutora de turno, con ademanes y aspecto bastante menos femenino que la anterior, para pasar el informativo: una especie de Instrucciones para retrasar el reloj. La única noticia del reporte era el cambio de hora.

El fraseo de un acordeón más la batería en el tema de Paul Simon estaban en el aire, pero dentro del estudio todas las miradas y oídos estaban pendientes de los contoneos y piruetas de Mick Jagger en el Philco, que mientras revoleaba una chalina en colores azul y oro cantaba "Jumping Jack Flash" a sesenta kilómetros de distancia.

A partir de allí, el tema del programa giró alrededor del transcurso del tiempo y hubo varios llamados interesantes.

María Esther, de Berisso, relató la historia de su tía insomne a los 85 años. El médico le había recomendado que, en vez de tranquilizantes, bebiera todas las noches una copita de whisky o de coñac. El sistema le había dado muy buenos resultados, hasta que una madrugada la anciana falleció con una sonrisa en los labios y derramó en sus últimos estertores la petaca que tenía entre las manos. Conclusión de la familia: murió por culpa del alcohol.

Faltaba un minuto para la medianoche. Tuquipesto acomodaba en la consola el compact con "After Midnight", el tema de Eric Clapton previsto para después del top de la hora. Bobby hacía zapping aprovechando una tanda en el recital: cuando pasó por ATC descubrí a un imberbe Depardieu y me di cuenta de que pasaban por enésima vez *La Elección de las Armas,* pero enseguida volví mi atención al teléfono donde discutía con un infradotado de la pizzería las diferencias metafísicas entre fugazza y fugazzetta.

Dieron las doce. Instintivamente, los tres nos concentramos en nuestros respectivos relojes para cambiar la hora. Para modificar las reglas de la lógica y la naturaleza, volviendo el tiempo hacia atrás.

En ese momento se cortó la luz.

Teóricamente, habían dejado de funcionar todos los aparatos eléctricos y se había cortado la transmisión.

Sin embargo, parecía que se hubiera dislocado el aire acondicionado, provocando una ráfaga gélida en el interior del estudio.

Al mismo tiempo, apenas una fracción de segundo después del apagón, escuchamos atónitos cómo la radio seguía transmitiendo y desde los baffles salía una voz aguardentosa y grave como la de un actor de la vieja escuela o la de un sindicalista:

—¡Vengo con música enérgica, con trompetas y tambores! ¡Yo digo que no es menos glorioso perder las batallas que ganarlas!

—¡Bilardo! —arriesgó Tuquipesto, que ni en medio del pánico podía reprimir su costumbre de citar el autor de cuanta frase le resultara familiar.

—No, Whitman —lo corrigió la voz en el instante preciso en que volvió la luz y descubrimos que Bobby Flores estaba flanqueado por un extraño sujeto vestido con una especie de capote de museo impregnado con migas de pan.

Llevaba en la cabeza un gorro algo ridículo, similar al de Columbo, y protegía con unos pequeños anteojos redondos de oro su expresión ausente, parecida a la de Federico Manuel Peralta Ramos cuando recitaba en trance.

—¿Y este pescado de dónde salió? —preguntó Bobby sobresaltado al punto de olvidar que estaba transmitiendo en vivo.

—Quedaron pocos pescados alrededor de las Islas Cruzolarias después de la gran contienda —le contestó el recién llegado.

—¿Contienda? —repitió confuso el conductor del programa.

—La batalla final contra la amenaza turca —vociferaba el desconocido con gestos ampulosos.

Tuquipesto consultaba hiperquinético el *Lo Sé Todo Ilustrado* en busca de fuera uno a saber qué precisiones. Bobby trataba de prender un Parisién a pesar del inoportuno temblor en sus manos, mientras nos observaba a través del vidrio y señalaba con expresión acusadora:

—No jodan, che —se quejaba, incómodo.

El sujeto del capote milanesa, mientras tanto, retomaba su desorbitado discurso, indiferente a las reacciones que provocaba a su alrededor.

—La Galera Real viró en la mañana del 7 de octubre en el promotorio que indicaba la entrada en el Golfo de Lepanto. Las naves de la Liga Cristiana esperaban el momento para entrar en acción. Don Juan de Austria en persona me pidió que izara la señal: una banderola verde y gualda, otra blanca y azul —monologaba el visitante, mientras Tuquipesto parecía haber encontrado algo en la enciclopedia y asentía sorprendido. Bobby había recuperado un poco su compostura y ahora escuchaba con atención el relato de su inesperado cuan providencial entrevistado— y por último, una banderola roja con una cruz verde en el centro.

—Y... ¿qué decía la señal? —preguntó el periodista, intrigado.

—El mensaje era claro y preciso. Decía: *¡Pegad la mano, so tagarnas!*

En el momento en que Bobby formulaba la pregunta del millón, sentí una presencia a mis espaldas. Me di vuelta de golpe, aterrorizado al borde de la lipotimia. Rodolfo Siedleki se mesaba la espesa barba y me palmeaba con gesto cómplice:

—Muy bueno, che, muy bueno —decía en voz baja mientras me sugería que colgara el auricular del teléfono que tenía en mi mano derecha. Con la otra mano me palpaba desesperado los bolsillos, ofrendando mi reino por un Lexotanil.

—Soy el Veterano —se exaltaba el desconocido—. El Veterano de Todas las Guerras. He combatido en todas las batallas de la historia por culpa de un conjuro que me atormenta desde las Cruzadas.

Siedleki salía del estudio riéndose a carcajadas, el teléfono parecía tener vida propia, Bobby trataba de meterse dentro de la lógica de su entrevistado y Tuquipesto lanzaba mordaces preguntas requiriendo detalles históricos que el desconocido confirmaba sin hesitar y a los que agregaba entretenidas comidillas de cuartel. A esta altura, los Rolling Stones eran una entelequia.

—Y ¿cómo fue lo del... conjuro? —preguntó el periodista.

—Antes de las Cruzadas, nos juramentamos con mi mejor amigo. Vendimos todas nuestra posesiones. El debía encargarse de comprar pertrechos y caballos, pero fue asaltado por una banda de ladrones en el camino al mercado. Cuando me lo dijo, desconfié de su palabra y... lo maté.

En ese momento se me nubló la vista, corté un llamado felicitando por el programa y pidiendo datos sobre Dunquerque, y disqué el interno de seguridad que, por supuesto, daba ocupado.

—Arrepentido, llevé su cuerpo hasta una iglesia cercana —relataba, impertérrito, el psicópata—, el templo se derrumbó sobre mí apenas puse un pie en la nave central, pero no me sepultó. Comencé a viajar por el tiempo y el espacio, participando de todas las guerras.

—Muy bien, vamos a una tanda —pidió Bobby, mientras desenroscaba la tapa de una petaca que traía en la campera de cuero, tomó un trago generoso y concluyó—: y enseguida volvemos con... eh... eh...

—Patrick Fenian O' Flaherty —se presentó el Veterano en el instante preciso en que llegaba el cadete de la pizzería con las fugazzettas, quien no tuvo mejor idea que exclamar:

—¡Oia! ¡Un inglés!

—Por mucho menos que eso he matado a un hombre —le contestó el visitante con voz queda pero firme.

La hora que nunca existió, esa hora de tiempo paralelo, entre la medianoche y la medianoche, avanzaba en medio de un clima que jamás hubiera imaginado ninguno de los que estábamos en el estudio.

Tuquipesto pasaba cada tanto temas de U2 y The Commitments tratando de congraciarse con el irlandés, teniendo en cuenta que no sabíamos si estaba armado. Hubo un solo incidente que casi nos pone a todos en peligro. La mayoría de los mensajes telefónicos eran comprensivos y cálidos hacia el desafortunado visitante, menos uno: el de Gustavo, de La Plata. Decía: Para mí que este tipo delira".

—¡También! —se exasperó el irlandés—. Londres, 1972, formábamos parte de la brigada: O' Henry, O'Connor, O'Donnell, Beckett y yo. Debíamos destruir el símbolo el tiempo británico: el Big Ben. Habíamos colocado cargas de dinamita en las manecillas y... y...

—¿Y? —se impacientó Bobby en estado de dudosa sobriedad.

—¡Maldita lluvia de Londres! —golpeó el veterano con sus puños la mesa del estudio y le pidió al periodista un trago de su petaca antes de seguir—. Me expulsaron de la brigada. Usé un detonador manual y les pareció un procedimiento muy poco irlandés no tener en cuenta la lluvia antes de un atentado. Faltaba poco para el final del programa. El Veterano había explicado las migas en el gabán: después de la batalla de Lepanto, los caballeros entraban en las tabernas y se salpicaban con migas de pan para que los demás pensaran que habían comido en medio de la hambruna general. Explicó también su presencia en el programa: en 1806 había desembarcado en Ensenada durante la primera invasión inglesa. Por supuesto, al poco tiempo cambió de bando. Una gitana le había augurado que, si retornaba en el momento adecuado, encontraría en el amor de una mujer el antídoto contra su maleficio. De lo contrario, regresaría a un pueblo de Kentucky en 1944, donde sería despreciado por su prometida y amigos, quienes creerían que su historia era la fabulación de un cobarde para ser tomado por loco y escapar del frente de batalla. Un minuto antes de la 1 de la madrugada, es decir de la medianoche, el Veterano de Todas las Guerras se esfumó en el aire como uno de los marcianos de la serie "Los Invasores". Tuquipesto y yo nos abalanzamos hacia el interior del estudio con la intención de arrebatar la petaca semivacía de las manos de Bobby, cuando una voz femenina retumbó a nuestras espaldas.

—¡La mano de Dios es mi mano!

—¡Maradona! —dijo Tuquipesto.

—No, Whitman —lo corrigió Magalí Gilabert, conocida bailarina de La Plata, que había tenido una destacada participación en *Las Invasiones Inglesas*, de Pepito Cibrián—, al tiempo que consultaba su reloj.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Yo digo que es menos glorioso perder las batallas que ganarlas —tergiversé, mientras le contaba al oído cómo una gitana me había dado la contraseña para conocerla y bailábamos "No, Woman, Don't Cry", de Bob Marley en el estudio vacío e iluminado apenas por las tenues lucecitas de los controles.



NOCHE
GREGORIO

Pasan cosas raras en la noche de San Gregorio: los Rolling Stones tocan en la Bombonera y el Veterano de Todas las Guerras arrastra su maldición de siglos y Sergio Varela (Buenos Aires, 1962) transmite todo el despropósito desde un descarrilado estudio de radio. Sintonicen.

en medio del pánico podía reprimir su costumbre de citar el autor de cuanta frase le resultara familiar.

—No, Whitman —lo corrigió la voz en el instante preciso en que volvió la luz y descubrimos que Bobby Flores estaba flanqueado por un extraño sujeto vestido con una especie de capote de museo impregnado con migas de pan.

Llevaba en la cabeza un gorro algo ridículo, similar al de Columbo, y protegía con unos pequeños anteojos redondos de oro su expresión ausente, parecida a la de Federico Manuel Peralta Ramos cuando recitaba en trance.

—¿Y este pescado de dónde salió? —preguntó Bobby sobresaltado al punto de olvidar que estaba transmitiendo en vivo.

—Quedaron pocos pescados alrededor de las Islas Cruzolarias después de la gran contienda —le contestó el recién llegado.

—¿Contienda? —repitió confuso el conductor del programa.

—La batalla final contra la amenaza turca —vociferaba el desconocido con gestos ampulosos.

Tuquipesto consultaba hiperquinético el *Lo Sé Todo Ilustrado* en busca de fuera uno a saber qué precisiones. Bobby trataba de prender un Parisién a pesar del inoportuno temblor en sus manos, mientras nos observaba a través del vidrio y señalaba con expresión acusadora:

—No jodan, che —se quejaba, incómodo.

El sujeto del capote milanesa, mientras tanto, retomaba su desorbitado discurso, indiferente a las reacciones que provocaba a su alrededor.

—La Galera Real viró en la mañana del 7 de octubre en el promotorio que indicaba la entrada en el Golfo de Lepanto. Las naves de la Liga Cristiana esperaban el momento para entrar en acción. Don Juan de Austria en persona me pidió que izara la señal: una banderola verde y gualda, otra blanca y azul —monologaba el visitante, mientras Tuquipesto parecía haber encontrado algo en la enciclopedia y asentía sorprendido. Bobby había recuperado un poco su compostura y ahora escuchaba con atención el relato de su inesperado cuan providencial entrevistado— y por último, una banderola roja con una cruz verde en el centro.

—Y... ¿qué decía la señal? —preguntó el periodista, intrigado.

—El mensaje era claro y preciso. Decía: *¡Pegad la mano, so tagarnas!*

En el momento en que Bobby formulaba la pregunta del millón, sentí una presencia a mis espaldas. Me di vuelta de golpe, aterrorizado al borde de la lipotimia. Rodolfo Siedleki se mesaba la espesa barba y me palmeaba con gesto cómplice:

—Muy bueno, che, muy bueno —decía en voz baja mientras me sugería que colgara el auricular del teléfono que tenía en mi mano derecha. Con la otra mano me palpaba desesperado los bolsillos, ofrendando mi reino por un Lexotanil.

—Soy el Veterano —se exaltaba el desconocido—. El Veterano de Todas las Guerras. He combatido en todas las batallas de la historia por culpa de un conjuro que me atormenta desde las Cruzadas.

Siedleki salía del estudio riéndose a carcajadas, el teléfono parecía tener vida propia, Bobby trataba de meterse dentro de la lógica de su entrevistado y Tuquipesto lanzaba mordaces preguntas requiriendo detalles históricos que el desconocido confirmaba sin hesitar y a los que agregaba entretenidas comidillas de cuartel. A esta altura, los Rolling Stones eran una entelequia.

—Y ¿cómo fue lo del... conjuro? —preguntó el periodista.

—Antes de las Cruzadas, nos juramentamos con mi mejor amigo. Vendimos todas nuestra posesiones. El debía encargarse de comprar pertrechos y caballos, pero fue asaltado por una banda de ladrones en el camino al mercado. Cuando me lo dijo, desconfié de su palabra y... lo maté.

En ese momento se me nubló la vista, corté un llamado felicitando por el programa y pidiendo datos sobre Dunquerque, y disqué el interno de seguridad que, por supuesto, daba ocupado.

—Arrepentido, llevé su cuerpo hasta una iglesia cercana —relataba, impertérrito, el psicópata—, el templo se derrumbó sobre mí apenas puse un pie en la nave central, pero no me sepultó. Comencé a viajar por el tiempo y el espacio, participando de todas las guerras.

—Muy bien, vamos a una tanda —pidió Bobby, mientras desenroscaba la tapa de una petaca que traía en la campera de cuero, tomó un trago generoso y concluyó—: y enseguida volvemos con... eh... eh...

—Patrick Fenian O' Flaherty —se presentó el Veterano en el instante preciso en que llegaba el cadete de la pizzería con las fugazzettas, quien no tuvo mejor idea que exclamar:

—¡Oia! ¡Un inglés!

—Por mucho menos que eso he matado a un hombre —le contestó el visitante con voz queda pero firme.

La hora que nunca existió, esa hora de tiempo paralelo, entre la medianoche y la medianoche, avanzaba en medio de un clima que jamás hubiera imaginado ninguno de los que estábamos en el estudio.

Tuquipesto pasaba cada tanto temas de U2 y The Commitments tratando de congraciarse con el irlandés, teniendo en cuenta que no sabíamos si estaba armado. Hubo un solo incidente que casi nos pone a todos en peligro. La mayoría de los mensajes telefónicos eran comprensivos y cálidos hacia el desafortunado visitante, menos uno: el de Gustavo, de La Plata. Decía: Para mí que este tipo delira''.

—¡También! —se exasperó el irlandés—. Londres, 1972, formábamos parte de la brigada: O' Henry, O'Connor, O'Donnell, Beckett y yo. Debíamos destruir el símbolo el tiempo británico: el Big Ben. Habíamos colocado cargas de dinamita en las manecillas y... y...

—¿Y? —se impacientó Bobby en estado de dudosa sobriedad.

—¡Maldita lluvia de Londres! —golpeó el veterano con sus puños la mesa del estudio y le pidió al periodista un trago de su petaca antes de seguir—. Me expulsaron de la brigada. Usé un detonador manual y les pareció un procedimiento muy poco irlandés no tener en cuenta la lluvia antes de un atentado. Faltaba poco para el final del programa. El Veterano había explicado las migas en el gabán: después de la batalla de Lepanto, los caballeros entraban en las tabernas y se salpicaban con migas de pan para que los demás pensaran que habían comido en medio de la hambruna general. Explicó también su presencia en el programa: en 1806 había desembarcado en Ensenada durante la primera invasión inglesa. Por supuesto, al poco tiempo cambió de bando. Una gitana le había augurado que, si retornaba en el momento adecuado, encontraría en el amor de una mujer el antídoto contra su maleficio. De lo contrario, regresaría a un pueblo de Kentucky en 1944, donde sería despreciado por su prometida y amigos, quienes creerían que su historia era la fabulación de un cobarde para ser tomado por loco y escapar del frente de batalla. Un minuto antes de la 1 de la madrugada, es decir de la medianoche, el Veterano de Todas las Guerras se esfumó en el aire como uno de los marcianos de la serie ''Los Invasores''. Tuquipesto y yo nos abalanzamos hacia el interior del estudio con la intención de arrebatar la petaca semivacía de las manos de Bobby, cuando una voz femenina retumbó a nuestras espaldas.

—¡La mano de Dios es mi mano!

—¡Maradona! —dijo Tuquipesto.

—No, Whitman —lo corrigió Magalí Gilabert, conocida bailarina de La Plata, que había tenido una destacada participación en *Las Invasiones Inglesas*, de Pepito Cibrián—, al tiempo que consultaba su reloj.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Yo digo que es menos glorioso perder las batallas que ganarlas —tergiversé, mientras le contaba al oído cómo una gitana me había dado la contraseña para conocerla y bailábamos ''No, Woman, Don't Cry'', de Bob Marley en el estudio vacío e iluminado apenas por las tenues lucecitas de los controles.





Antonio Tarragó Ros y el subsecretario de Cultura Provincial, Luis Verdi.

En el marco del programa "Conservando nuestras raíces por el camino del arte", el conocido cantante Antonio Tarragó Ros está trabajando desde hace dos años en la obra integral "Naturaleza", donde el animal en extinción es el protagonista. Esta propuesta configura además una revalorización de la música nacional, al tiempo que desde una perspectiva ecologista se sustenta en el axioma "El arte es el mejor camino para salvar una vida". Antonio Tarragó Ros dedica su obra "Naturaleza" a Ernesto Sabato, "el artista más hondo, comprometido y coherente que jamás conocí".

EN EL CORAZON DE LA TIERRA



"Me preguntaron cuándo empecé Naturaleza, y contesté: 'Hace unos cuatro años'. Pero ahora que lo pienso mejor esta obra empezó a escribirla en mi corazón mi abuelo Antonio, el catalán. El compraba, en Curuzú Cuatiá cuando éramos gurises, pájaros enjaulados y nos llevaba a mi primo Runflo y a mí a devolverles la libertad a uno por uno... ¡Qué sensación hermosa! ¡Ah! Me olvidaba un detalle: nos enseñó a olerles el lomito tibio de plumas antes de abrir la que lo devolvería al viento o al árbol (la mitología guaraní asegura que los pájaros son parte del árbol).

Eso es todo... o ¡nada menos!"

Así comienza esta historia que hoy se materializa en un programa que reúne canciones con micros de televisión y una manera inédita hasta el momento de realizar sus presentaciones en vivo: por la mañana, antes del show se plantan árboles —especies regionales como el espinillo, el ceibo, el lapacho y el jacarandá— con los chicos de las escuelas del predio municipal elegido.

Asimismo se convoca la presencia y participación de los medios de comunicación locales, al tiempo que los árboles a sembrar son donados por los viveros o comerciantes de cada localidad. Al término de la plantación, se le entrega a cada alumno un certificado con su nombre, como constancia de que sembró un arbol con Tarragó Ros y se compromete a la escuela en su posterior cuidado.

La jornada, de gran movilización en cada pueblo, concluye con un recital de un conjunto de la zona y la actuación de Tarragó y su banda, previas charlas sobre música nacional y todo lo referente al cuidado de lo nuestro. Este plan cultural de amplio espectro, auspiciado por la Subsecretaría de Cultura del gobierno bonaerense, comenzó el pasado 14 de diciembre en la ciudad de Avellaneda con cuatro jornadas, tres en Lomas de Zamora, Quilmes, Necochea, San Bernardo, Villa Gesell, Santa Teresita, Mar de Ajó culminando esta gira por la costa atlántica hoy y mañana en Mar del Plata.

El titular de Cultura, Luis Verdi, auguró la continuación del proyecto durante el mes de marzo afirmando que "el éxito que obtenemos en cada lugar nos incentiva cada vez más y es emocionante ver a tantas personas agrupándose en las calles en torno de Tarragó Ros y su gente".



CULTURA AL DIA

MAR DEL PLATA

• **Teatro Auditorium**
De martes a domingo, a las 22 hs., *La Banda del Golden Rocket*.
Trasnoche, a las 0.30 hs.
Ciclo de Cine Argentino "De lo nuestro lo mejor".
Hoy *La Mary*.
13/2 *Sur*.
18/2 *La guerra gaucha*.
19/2 *La historia oficial*.
20/2 *Asesinato en el Senado de la Nación*.

Espectáculos
15/2, a las 22 hs. Goyeneche y el Quinteto Marconi.
22/2, a las 21.15 hs. - *Los Chalchaleros*

• **Teatro Roberto J. Payró**
De martes a domingos, a las 20 hs.
Comedia infantil *Pablo Duende*, de Leo Ringer.
De jueves a domingos, a las 22 hs.
El lugar, comedia de Carlos Gorostiza.

Exposición
Foyer del Teatro Auditorium, de 8 a 20 hs. *Testimonios de la pintura argentina*.

• **Tarragó Ros en Mar del Plata**
Hoy en la Plaza Colón
a las 20 hs. plantación de árboles.
a las 22 hs. espectáculo.
Mañana, sábado en el Anfiteatro del Puerto.

LA PLATA

• **Teatro Martín Fierro**
Hoy, a las 21.30 hs. Los Huanca-Hua y Marcela Valle.
Viernes 19, a las 21.30 hs.
La Chacarerata Santiagueña y Grupo Vocal Tupac.

• **Museo Provincial de Bellas Artes**
(Avda. 51 Nº 525 - 1900 - La Plata)
Recepción de obras para el Primer Salón Provincial *La mujer y su protagonismo cultural*, en las especialidades de pintura, escultura, grabado, cerámica y dibujo (requisitos en página 3).